

Sí, es Peter.

En realidad, nadie le conoce pero nosotros sabemos que es él. Los Agentes Especiales Mike Blackness y Hanna Spiukah todavía no son conscientes de la importancia trascendental de ese hombre asustado

Sus ojos brillando de terror a través de la niebla le delatan y el primero en reaccionar, o eso creemos, es el cuarto jinete, el último en llegar. Se levanta de la silla al mismo tiempo que desenfunda su revolver y apunta a Peter. Hanna saca su automática y le apunta una décima de segundo después. Tarde. Suena un disparo. Uno solo. Resuena como un cañón en la atmósfera opresiva del local. Pero Peter sigue ahí. Y aún respira, a pesar de que la burbuja de pánico que le envuelve y que oprime su pecho salvajemente amenaza con ahogarlo. Pero está vivo, porque el asesino que ha venido a matarlo, atraído por el pregón nocturno de bar en bar de Mike, ha perdido la cabeza. Literalmente. Al menos, una buena parte de ella. Mientras que el resto de su cuerpo inicia ya el descenso hacia el infierno o, como mínimo, hacia el suelo, atraído por la fuerza de la gravedad, los sesos y la sangre de esa cabeza destrozada salen despedidos como un escupitajo, atraviesan la neblina y se le pegan en el rostro a uno de los zombies del local que, ahora ya sí, con el atrezo adecuado, puede dedicarse a asustar y asustarse a sí mismo. El tipo se toca la cara, llena de sangre y restos humanos, y aullando como un coyote se dirige a... ¡No, por Dios! El muy hijo de puta se lanza a la escupidera y ¡pero, qué asco! ¿se lava? la cara con toda esa mierda que parece una mezcla de clara de huevo podrido y placenta de ratón y después, muy convenientemente, vomita.